

I. La muerte de Bon Agornin

1. Una confesión

Bon Agornin se retorció en su lecho de muerte, batía las alas como si quisiera volar a su nueva vida en su viejo cuerpo. Los médicos habían sacudido la cabeza y se habían ido, hasta sus hijas habían dejado de decirle que estaba a punto de ponerse bien. Posó la cabeza en el oro ya escaso que ocupaba su gran caverna subterránea, llena de corrientes; luchaba por mantener la serenidad y respirar. Le quedaba muy poco tiempo para influir en todo lo que debía venir después. Quizá fuera una hora, es posible que menos. Se alegraba de dejar atrás los dolores de la carne, pero ojalá no tuviera tanto de lo que arrepentirse.

Gruñó y cambió de postura sobre el oro, intentaba pensar de la forma más positiva posible acerca de los acontecimientos de su vida. La Iglesia enseñaba que no eran ni las alas ni las llamas lo que le proporcionaban a uno un renacimiento afortunado, sino la inocencia y la tranquilidad de espíritu. Luchó por conseguir esa calma afortunada. No era fácil lograrlo.

—¿Qué te ocurre, padre? —le preguntó su hijo Penn acercándose ahora que Bon se había quedado quieto al tiempo que extendía una garra delicada para acariciar su hombro.

Penn Agornin, o más bien el bienaventurado Penn Agornin, pues el joven Penn ya era pastor de la Iglesia, creía entender lo que

inquietaba a su padre. Por su cargo había asistido a muchos moribundos y se alegraba de estar allí para ayudar a su padre a bien morir y ahorrarle la presencia de un extraño en estos momentos. El pastor del pueblo, el bienaventurado Frelt, no era en absoluto el mejor amigo de su padre. Llevaban años librando una callada disputa, una disputa que, en opinión de Penn, no era nada propia de un pastor.

—Cálmate, padre —dijo—. Has llevado una buena vida. De hecho, es difícil pensar en alguien que deba tener menos que temer en su lecho de muerte. —Penn admiraba mucho a su padre—. Empezaste con poco más que un nombre noble y has llegado a alcanzar los veintiún metros, con alas y llamas, una espléndida hacienda y el respeto de todo el distrito. Cinco de tus hijos sobreviven hasta este día. Yo estoy en la Iglesia y por tanto a salvo. —El joven levantó un ala, atada con el cordón rojo que, para los devotos, simbolizaba la dedicación del pastor a los dioses y los dragones, y para los demás significaba solo la inmunidad—. Berend está bien casada y tiene hijos, su esposo es poderoso y un noble con el título de ilustre. Aván se está abriendo camino en Irieth. El suyo es quizá el rumbo más peligroso, pero tiene amigos fuertes y lo ha hecho bien hasta ahora, como lo hiciste tú antes que él. En cuanto a las otras dos, Haner y Selendra, si bien son jóvenes y vulnerables, nada has de temer. Berend se hará cargo de Haner y se ocupará de que haga un buen matrimonio bajo la protección de su marido, y yo haré lo mismo por Selendra.

Bon respiró con cuidado, luego exhaló una nubecita de fuego y humo que Penn esquivó con destreza.

—Todos debéis ser fieles a mi acuerdo —dijo Bon—. Los más jóvenes, que no están asentados, deben quedarse con mi oro, lo que quede de él. Tú y Berend ya habéis empezado a acumular vuestras provisiones, así pues debéis tomar solo un trozo simbólico cada uno, y que los otros tres compartan lo poco que quede. No he amasado una gran reserva pero será suficiente para ayudarlos.

—Ya habíamos llegado a un acuerdo sobre eso, padre —dijo Penn—. Y, por supuesto, ellos tomarán las porciones más grandes

cuando te comamos. Berend y yo ya estamos establecidos, mientras que nuestro hermano y hermanas están aún necesitados.

—Tú siempre has sido lo que los hermanos deben ser para con los suyos —dijo Bon y exhaló más humo con un suspiro—. Quiero confesarme, Penn, antes de morir. ¿Querrás oír mi confesión?

Penn se retiró un poco y plegó las alas con fuerza a su alrededor.

—Padre, conoces las enseñanzas de la Iglesia. Hace ya tres mil años, seis vidas de dragón, que la confesión dejó de ser un sacramento. Hiede a la Era de la Subyugación y a las costumbres paganas de los yargos.

Bon puso en blanco sus enormes ojos dorados. Había ocasiones en las que su hijo, siempre tan pendiente del decoro, le parecía un extraño. Penn jamás habría podido soportar lo que él había soportado, nunca habría sobrevivido.

—Seis vidas es lo que quizá te hayan enseñado, pero cuando yo era joven había sacerdotes que seguían dando la absolución a los que la querían. Solo durante mi vida y la tuya se ha convertido el perdón en pecado. Lo que estaba mal era pagar por la absolución, no perdonar las cargas de aquellos que querían dejarlas atrás. El rito de la absolución sigue estando en el libro de oración. Frelt me lo habría negado, lo sé, por puro rencor, pero creía que tú tendrías el ímpetu suficiente para hacerlo.

—Y con todo es un pecado, padre, un pecado contra el que la Iglesia predica con tanta firmeza como contra el vuelo de los sacerdotes. —Penn flexionó de nuevo el ala atada—. No es un artículo de fe, cierto, sino una diferencia en las prácticas que ha surgido con el tiempo. La confesión es ahora detestable. Me es imposible darte la absolución. Si alguien lo descubriese, perdería mi cargo. Además, mi propia conciencia no lo permitiría.

Bon cambió de nuevo de postura y sintió que se le caían unas escamas sueltas al oro que esperaba debajo. No le quedaba mucho tiempo y tenía miedo.

—No te estoy pidiendo la absolución si no puedes dármela. Pero creo que moriré más tranquilo si no me llevo este secreto conmigo.
—La voz le sonaba débil incluso a sus propios oídos.

—Puedes contarme lo que deseas, mi querido padre —dijo Penn mientras volvía a acercarse—. Pero no puedes llamarlo confesión ni decir que lo haces porque soy pastor. Eso podría poner en peligro mi vocación si llegara a saberse.

Bon miró los cordones rojos de las alas de su hijo y recordó lo que había pagado para que lo aceptaran en la Iglesia, y toda la buena fortuna que había conocido su hijo allí desde entonces.

—¿No es maravilloso lo bien que le ha ido a tu amiguito Sher? —dijo. Luego sintió el dolor que se le extendía de los pulmones y quiso toser, pero no se atrevió. Penn había cogido aire para responder, pero se contuvo y dejó que se le escapara el aire poco a poco por el hocico mientras contemplaba en silencio la lucha de su padre. El pequeño Sher, en otro tiempo compañero suyo de colegio, era ahora el eminente Sher Benandi, señor de su propio dominio, y Penn era su pastor, dueño de una casa, con esposa e hijos.

—Está en la naturaleza del dragón comerse a sus congéneres —dijo Bon por fin.

—En estos días... —empezó Penn.

—Sabes que fui el único superviviente de mi familia, el único de mis hermanos y hermanas al que le crecieron las alas —continuó hablando por encima de la voz de su hijo—. ¿Tú creías que el eminente Telstie se los había comido, o quizá su mujer, la eminente Telstie? Es cierto que se comieron a algunos, bajaban del cielo en picado para devorar a los más débiles y siempre me dejaban a mí vivo porque era el mayor y el más fuerte. Se aferraban a la idea que enseña la Iglesia, que estaban mejorando la raza de los dragones al comerse a los más débiles; incluso fueron amables conmigo. No les perdoné que se comieran a mi padre y hermanos. Sin embargo, fingí ser su amigo, suyo y de sus hijos, pues mi madre tenía poco poder para protegerme o evitar que nos

comieran a todos si así lo decidían. Se habían llevado el oro de mi padre y no teníamos nada salvo nuestro nombre. Cuando ya no quedábamos más que tres, a mí me habían crecido las alas pero solo medía algo más de dos metros; estaba listo para dejar mi hogar e ir en busca de fortuna, pero corría un grave peligro si lo hacía. Necesitaba más envergadura y más fuerza, y no podía obtenerla de la carne de ternera. Fui yo el que se comió a mi hermano y a mi hermana, los que quedaban.

Penn se quedó inmóvil al lado de su moribundo padre. Nada de lo que hubiera imaginado que le pudiera decir el anciano dragón lo habría escandalizado más.

—¿Moriré del todo? —preguntó Bon—. ¿Caerá mi espíritu como la ceniza del humo tal y como enseña la Iglesia? ¿O renaceré convertido en un cordero de lana que se queda atrapado en los dientes del hambre de alguien, o peor aún, un gusano que se arrastra, o uno de esos odiosos yargos sin alas? —Se encontró con los ojos de su hijo; Penn seguía mirando asombrado a su padre—. He llevado una buena vida desde entonces, como tú has dicho. Me he arrepentido amargamente de mis actos muchas veces, pero era joven y tenía hambre, no había nadie que pudiera ayudarme y era grande la necesidad que tenía de alejarme volando.

Las escamas de Bon caían con un tamborileo constante. Su aliento era más humo que aire. Los ojos se le estaban empezando a nublar. Penn era pastor de la Iglesia y había asistido a muchas muertes. Sabía que solo le quedaban unos minutos. Extendió las alas y comenzó a recitar la última plegaria.

—Vuela ahora con Veld, ve libre a renacer con Camran a tu lado... —Pero el humo se le atragantó en la garganta y no pudo continuar. Había leído el viejo rito de la absolución una vez, fascinado y horrorizado al mismo tiempo; su padre tenía razón al decir que seguía presente en el libro de rezos. Era la absolución lo que su padre necesitaba, y un espíritu limpio para continuar. Penn era un dragón joven y convencional, y pastor de la Iglesia, pero quería a su padre—. Es una simple costumbre, no hay ninguna

razón teológica tras ello... —murmuró. Levantó las garras ante los ojos de su padre, donde pudiera verlas—. He oído tu... —dudó un instante, era la palabra lo que sonaba tan mal, ¿podría llamarlo otra cosa? No, no si quería proporcionarle a su padre el consuelo y la absolución que necesitaba—, tu confesión, digno Bon Agornin. Yo te absuelvo y te perdono en el nombre de Camran, en el nombre de Jurale, en el nombre de Veld.

Vio una sonrisa en lo más profundo de los ojos de su padre, que ya se apagaban, sustituida después por un momento de paz y luego, por último, como siempre, una intensa sorpresa. Por muchas veces que Penn lo viera, nunca terminaba de acostumbrarse a ello. Se preguntaba con frecuencia qué había más allá de las puertas de la muerte que, por muy preparado que estuviera el dragón moribundo, siempre lo asombraba. Esperó el momento prescrito, repitió la última plegaria tres veces por si los ojos empezaran a girar de nuevo. Como siempre, no ocurrió nada, la muerte era la muerte. Extendió con delicadeza una garra y se comió los dos ojos, como le correspondía siempre al pastor. Solo entonces llamó a sus hermanos con el grito ritual:

—¡El buen dragón Bon Agornin ha comenzado su viaje hacia la luz, que la familia se reúna para el banquete!

No sintió tristeza ni vergüenza por haber ido contra las enseñanzas de la Iglesia al darle a su padre la absolución, ni tampoco horror ante lo que había hecho su padre. No sintió nada en absoluto, sabía que estaba conmocionado, y una vez que la conmoción desapareciese se sentiría abatido, sin estridencias, durante mucho tiempo.

2. La salita

La familia entera se había reunido en las cavernas superiores en cuanto los médicos habían sacudido la cabeza y Bon Agornin se

había arrastrado a la cueva subterránea para morir, acompañado solo por Penn. Además de los cuatro hijos restantes de Bon, el grupo lo formaban el ilustre Daverak, el marido de Berend, los tres dragoncitos fruto de la primera nidada de Berend y que ya habían superado los cuatro años, y el pastor de la zona, el bienaventurado Frelt. Los servían cuatro criados de Berend, con las alas bien atadas a la espalda. También estaba presente como sirviente la vieja criada de la familia, Amer, cuyas alas también estaban trabadas, desde luego, pero tras tantos años de confianza y con la despreocupación habitual de la familia, apenas poco más que las de un pastor de la Iglesia. Ninguno de ellos alcanzaba la envergadura del anciano Bon. El ilustre Daverak era el que más se acercaba con algo más de doce metros de la cabeza a la punta de la cola, pero aun así, once dragones adultos y tres dragoncitos pueden hacer que cualquier lugar salvo un salón de baile parezca atestado.

Por consiguiente, después de los primeros saludos, lamentos y exclamaciones sobre quién había llegado desde más lejos para estar allí, los presentes se habían dividido en dos grupos. El primero, que consistía en Berend y su grupo, acompañados por el bienaventurado Frelt, pasaron a la elegante salita que había a la derecha de la entrada mientras que el resto se retiró al gran comedor.

No había nada en absoluto que pudiera hacer ninguno de ellos salvo esperar y reñir, y muy bien podrían haberse quedado en sus casas para esperar allí a que se elevara el grito y luego haber bajado dibujando círculos para caer sobre el cadáver. Pero algunos dicen que eso es lo que los dragones hacían mucho tiempo atrás, y que por eso hoy en día son más conscientes y se construyen cuevas y cavernas subterráneas, para poder retirarse bajo tierra para morir en paz. Eso significa que solo los que ellos elijan pueden compartir el cuerpo. Aun así, a algunos les parece muy duro que la civilización y las modernas creencias éticas deban llevar a unas esperas tan interminables como las impuestas a la familia de Bon Agornin.

La salita estaba tallada en la misma roca oscura natural que el resto de la hacienda. No estaba embellecida con guijarros más

claros como estaba de moda en Irieth, pues los propietarios de la hacienda jamás habían oído hablar de costumbre semejante y creían que era mejor dejar que la roca hablara por sí misma. Se habían tallado aquí y allá paisajes populares, representados como se veían desde el aire. Esos paisajes los había aprobado Bon Agornin, ya que no costaban nada. Los habían hecho las jóvenes damas de la casa, en especial Haner, que se consideraba poseedora de cierto talento que la inclinaba en esa dirección. El ilustre Daverak, que tenía una casa propia espléndidamente decorada en el campo y otra en Irieth para su uso personal durante los dos meses del año que se ponía de moda la capital, no debía de estar de acuerdo, pues le lanzó a las tallas una somera mirada y luego se acomodó al lado de la puerta. Su mujer, Berend, o la ilustre Daverak, título que el rango de su marido le daba derecho a utilizar, era menos refinada pues lanzó exclamaciones dedicadas a sus criados e hijos sobre la belleza de la última de las tallas, al tiempo que se lamentaba de que allí jamás había existido nada ni la mitad de elegante cuando ella era doncella, como si hubiera sido trescientos años atrás en lugar de apenas siete años antes.

Cuando los últimos copos de interés se desprendieron de las tallas, la dama se acomodó en un nicho situado bajo la enorme chimenea sobre la que se habían colocado unas cuentas esculturas de piedra, sin valor alguno, como se esperaría de una cueva superior, pero que no carecían de encanto a pesar de todo.

El bienaventurado Frelt se colocó al lado de Berend en cuanto esta terminó su inquieto paseo, que podría haber derribado a cualquier compañero de habitación. El sacerdote se acomodó al lado de la dama y esta volvió la cabeza para examinarlo. Había pasado cierto tiempo desde la última vez que había visitado el hogar de su padre, y no había visto a Frelt desde que se había ido para casarse con Daverak.

Los rojos cordones sacerdotales que le rodeaban las alas eran largos y quedaban colgando, tenía los colmillos pulidos y limados hasta casi dejarlos planos. En contraste, las escamas estaban

bruñidas hasta alcanzar un fulgor brillante del color del bronce; todo lo cual reflejaba las opiniones más bien conflictivas que le inspiraba a su dueño su posición. Por un lado, un pastor de la Iglesia debe ser humilde, pero por otro ostenta un alto cargo espiritual, quizá el más alto de la comunidad. Frelt se lo explicaba a sí mismo como una fuerte creencia en la santidad de los pastores, lo que abarcaba a la vez los dientes humildes y las elegantes escamas. Jamás habría volado, ni siquiera para cruzar un barranco, pero no se consideraba por debajo de ningún dragón de la tierra, por muy bien nacido que fuese. Levantaba bastante más la frente de lo que los inmunes tenían por costumbre.

—Qué dragoncitos tan hermosos —dijo ahora arrullándolos. Mucho tiempo atrás había aspirado a casarse con Berend, una aspiración que supuso el fondo del problema surgido entre él y el padre de ella. Dado que jamás le había hablado a ella del tema, la dragona no tenía conocimiento oficial de aquello y por tanto podían tratarse en público. Pero de forma extraoficial la joven había estado perfectamente enterada, tanto como cualquier doncella que hubiera oído a su padre tronar contra un pretendiente y a la que le hubieran ordenado con toda firmeza permanecer dentro de la casa para evitar que se la llevaran. La joven había obedecido y permanecido en el interior de su hogar, pero más que ofenderla, aquello la había halagado. Incluso durante un corto espacio de tiempo había albergado la esperanza de que se realizara la unión. Ahora que se había asentado en otro lugar y sus escamas relucían con el rojo glorioso de una dragona casada y madre, pensaba en él como en un compañero de conversación inofensivo y encantador. Por su parte, el sacerdote se sentía inclinado a ver en el elevado matrimonio que había hecho Berend una prueba de su propio buen gusto, y eso le hacía sentirse más cerca de ella que otra cosa. No había encontrado ninguna otra prometida en los años transcurridos desde entonces, aunque como pastor bien establecido que era y dueño de su propia hacienda, no le faltaban las aspirantes a compañera.

—Sí, y los tres en mi primera puesta —dijo la dama mientras miraba con indulgencia a los dragoncitos que jugaban a los pies de su niñera. Uno era negro, la otra dorada y el tercero de un color verde pálido que lo hubiera hecho desaparecer de inmediato si no fuera hijo de un noble poderoso.

—¡Qué afortunados son ustedes dos! —dijo Frelt mientras inclinaba la cabeza hacia el ilustre Daverak, cuya postura indicaba impaciencia y que no estaba prestando ninguna atención a la conversación.

—Mi madre nunca tuvo más de dos al mismo tiempo —dijo Berend—. Espero que la próxima que tenga también sean tres. Cuantos más hijos mejor, Veld mediante.

—Me alegro de verla tan atenta a las enseñanzas de la Iglesia —dijo Frelt al tiempo que inclinaba hacia ella la cabeza—. Muchos de los granjeros de por aquí parecen reacios a poner.

—Ocurre exactamente lo mismo en Daverak —se lamentó Berend.

—¿Qué? —preguntó el ilustre Daverak, que pareció interesarse por primera vez cuando oyó que se nombraba su dominio. Era casi tan oscuro como su dragoncito negro, y de hombros muy anchos; tenía los ojos tan pálidos que parecían de color rosa, no era en absoluto un dragón bien parecido. Si no fuera por las alas atadas, cualquiera habría pensado que Frelt era un espécimen más elegante, y Frelt se regocijó un poco más de lo debido al darse cuenta.

—La falta de dragoncitos entre los granjeros y las clases inferiores, querido —respondió Berend con cariño.

—No sé, hay de sobra, de sobra de verdad —replicó el ilustre Daverak—. Bueno, los Maje de la Granja de la Calzada tuvieron otra nidada hace solo seis días; hoy iba a volar hasta allí para echarles un vistazo, si no hubiera sido por esta condenada llamada.

Berend se echó un poco hacia atrás.

—Mi padre se está muriendo —dijo con dignidad.

—Oh, sí, querida mía, teníamos que venir, ya lo sé. No pretendía ser tan duro —dijo Daverak mientras hundía las alas hacia su

esposa, que aceptó el gesto de contrición con una diminuta inclinación de sus propias alas—. Pero a los Maje les han nacido cuatro, sabes, y es imposible que puedan mantener otros cuatro con una tierra tan mala, y yo estaba pensando en traer un poco de alimento a casa para el pequeño Lamerak. —Señaló con la punta del ala al dragoncito verde—. Un poco pachucho, quizá lo haya notado —le dijo a Frelt—. Algo temporal, temporal por completo. Necesita hígado fresco. En cualquier caso, pronto lo tendrá. El hecho de venir aquí no supone gran diferencia, ahora que lo pienso.

Frelt no respondió que su hermanita pequeña, con la que había acabado un noble por ser demasiado verde, quizá se habría desarrollado mejor con hígado de dragón si pudiera haberlo conseguido.

—Estoy seguro de que su pastor se ocupa de tales cosas, igual que usted —dijo.

—Cumpló con mi obligación —dijo Daverak levantando las alas—. Jamás permitiría que a un hijo mío débil le crecieran las alas, no más de lo que se lo permitiría al más vil de los granjeros. Pero esa no es razón para precipitarse. Lamerak se recuperará por completo en una semana o dos.

—Veld nos da hijos y Jurale vigila el orden del mundo —dijo Frelt mientras levantaba los brazos como si dirigiera un servicio.

El ilustre Daverak se echó hacia atrás, tenía la sensación de que lo habían reprendido y Berend apartó los ojos, decepcionada con Frelt y sin ganas de hablar. Se hizo un silencio incómodo en el que los sonidos de los juegos de los dragoncitos parecían demasiado ruidosos.

3. El comedor

En el comedor, las cosas al principio eran mucho más alegres. La habitación era mucho menos elegante al ser más antigua. Por cuestiones de higiene disponía de los canales más modernos en el

suelo pero, aparte de eso, había permanecido igual desde la excavación de la cueva, allá por la Era de la Subyugación. Los habitantes del comedor sabían que no es la elegancia la que hace agradable una reunión, sino el temperamento de los reunidos. Por la selección natural que une a los semejantes, todos los miembros desagradables del grupo se habían reunido en la salita y todos los agradables en el comedor.

Haner y Selendra habían nacido de la misma nidada y habían crecido juntas en la casa de su padre; se habían consolado mutuamente tras la muerte de su madre y habían soportado con una mezcla de valor y alivio el que su hermana mayor y sus hermanos abandonaran el hogar sin ellas. Ya tenían edad de casarse, pero dado que el tesoro de su padre había quedado muy mermado por el buen matrimonio de su hermana mayor y las asignaciones que se habían llevado sus dos hermanos, se habían conformado con esperar y atender la casa de su padre hasta que el tesoro volviera a reponerse. Se sentían por tanto muy cómodas en este comedor. Solían quejarse de que no tenía los prácticos nichos de otras salas y de que se veían obligadas a explayarse casi como si estuvieran en medio de un prado, pero era su prado y estaban acostumbradas a explayarse, así que quizá lo hubieran echado de menos si se hubieran tallado los nichos.

Las dos hermanas estaban encantadas de volver a tener a su hermano Avan con ellas. Desde que se fuera a Irieth lo habían visto solo un día o dos, ya que su trabajo en la Oficina para la Planificación y Embellecimiento de Irieth lo mantenía muy ocupado. Durante un rato, Avan les regaló con historias de su vida en la capital, enfatizando sus triunfos y quitando importancia a las ocasiones en las que se había salvado por los pelos, y de tal modo lo hizo que cada una de ellas tenía la secreta sensación de que ellas lo habrían hecho igual de bien si hubieran tenido garras y pudieran salir a abrirse camino en el mundo.

—Pero ahora volverás a casa, claro —preguntó Haner por fin mientras se secaba las lágrimas de risa de sus ojos plateados.

—¿A casa? ¿Quieres decir a esta casa? No me atrevería. No sé cómo se te ocurre sugerirlo. —De inmediato Avan fue consciente de que la vieja criada Amer había dejado de pulir la cola de Haner y de que sus dos hermanas se lo habían quedado mirando—. ¿De verdad pensasteis que esa era mi intención?

—Bueno, sí —dijo Selendra después de que una rápida mirada a su hermana y a su sirvienta le demostrara que ninguna de ellas pensaba hablar—. Pensamos que después de la muerte de padre volverías a casa y te convertirías en digno, como él. Penn es pastor de la Iglesia, y además tiene casa y esposa en Benandi. Tú podrías quedarte con esta hacienda.

—Ya veo que habéis pensado en todo —dijo Avan mientras se levantaba—. Mis queridas doncellas, ¿no habéis considerado que además de medir más de veintiún metros y lanzar fuego, padre tiene, o más bien tenía, casi quinientos años? Yo apenas llego a los cien, no mido ni siete metros y de momento no tengo fuego, ni muchas perspectivas de conseguirlo en breve. Me está yendo bastante bien en mi carrera para haberla empezado cuando lo hice, pero eso fue hace apenas diez años, y no pruebo la carne de dragón ni dos veces al año. Además, no podría traerme mi carrera aquí conmigo. Si me instalo en calidad de digno, todos los dignos e ilustres de los alrededores se comerían nuestro territorio y sin duda ninguna nos comerían a nosotros, tan seguro como que sale el sol. Yo no tendría forma de detenerlos, no más de lo que podríais vosotras dos solas.

Las dos doncellas se miraron consternadas y Amer lanzó un gritito de miedo.

—Entonces, ¿qué será de... de la hacienda? —preguntó Selendra, que aún no se atrevía a preguntar sobre sus personas.

—No sé por qué no se lo habéis preguntado a Penn, o a padre —dijo Avan incómodo mientras cambiaba de postura—. Yo no soy el mayor. Nadie me consulta sobre este tipo de cosas. Pero me atrevería a decir que Daverak se hará cargo hasta que uno de sus hijos tenga la edad suficiente para dirigirla. Eso formaba

parte del acuerdo cuando se casó con Berend, creo, si padre muriese antes de que yo tuviera la fuerza suficiente. ¿Nadie os dijo nada de esto?

—Quizá no seas el mayor pero eres un dragón adulto. Nosotras no somos más que inútiles hembras —dijo Selendra con un destello de ira en sus ojos de color violeta—. Las últimas en todo. A nosotras nadie nos cuenta nada. No cabe duda de que vamos a ser vuestra cena, y yo habría agradecido haber tenido un poco de tiempo para prepararme.

—¿Cómo? —preguntó Avan, divertido e intrigado a pesar de sí mismo.

—Volando lejos de aquí—respondió Selendra con tono atrevido.

—No, estaba de broma —dijo su hermano—. Vuestro futuro está asegurado, el de ambas. No os convertiréis en la cena de nadie. Penn me escribió que, según los deseos de nuestro padre, el oro habría de dividirse entre vosotras dos y yo, salvo un trozo simbólico para cada uno de los otros. La hacienda la heredarán los hijos de Berend. Una de vosotras irá a vivir con Berend y la otra con Penn.

Amer y Haner lanzaron unos grititos y Sel envolvió a su hermana con las alas y los brazos.

—Cualquiera pensaría que acabo de sugerir que se os coma de inmediato —dijo Avan—. Sois las hermanas más desagradecidas que ha tenido jamás un dragón.

—¿No podrías llevarnos tú? —preguntó Selendra—. Jamás hemos visto Irieth, pero podríamos llevar tu casa de una forma espléndida, como hemos hecho aquí con la de padre.

Avan no pudo ocultar el estremecimiento que le sacudió las alas.

—No tengo espacio para vosotras —dijo con bastante sinceridad, sobre todo al pensar en las comodidades que tenía en su hacienda de la ciudad—. E Irieth no es lugar para unas doncellas, a menos que lleven carabina y sean de familias muy conocidas. No podría protegeros allí más de lo que podría aquí. Antes o después os convertiríais en la cena de alguien, o algo peor. Estaréis a salvo con Penn y Berend.

—A salvo, pero separadas —dijo Haner con un tono de voz que le indicó a su hermano que aquello sí que era una tragedia—. Sabes que Selendra es tan impulsiva y yo tan comedida que separadas no hay forma de saber lo que ella podría llegar a hacer, mientras que yo no haré nada jamás.

—Y a Berend no le caigo bien —dijo Selendra.

—Bueno, Sel, entonces tú deberías ir con Penn —dijo Avan con un tono de voz tan sereno como pudo.

—La esposa de Penn es una extraña para mí —dijo Selendra.

—Y ya tienen dos dragoncitos, lo más probable es que se alegre de que alguien le ayude con ellos. Lo cierto es que estáis muchísimo mejor de lo que lo estarían la mayor parte de las doncellas en vuestra posición.

—¿Cómo? —preguntó Selendra.

Avan sabía sobre eso mucho más de lo que jamás querría que aprendieran sus hermanas, tanto que se limitó a sacudir la cabeza con lentitud y a dejar que sus ojos dorados giraran con una advertencia.

—Creo que podría soportar cualquier cosa si estuviéramos juntas —dijo Haner, y su voz se quebró en un sollozo en medio de la frase.

—Pronto estarás casada —dijo Avan—. Creo que Daverak dijo algo sobre Haner y un amigo suyo...

Haner se animó un poco al pensar en Londaver, el amigo de su cuñado. Pero no aflojó los dedos que se aferraban a su hermana.

Justo entonces, cuando en las dos cuevas reinaba el silencio, Penn los llamó desde la cueva subterránea para anunciarles que Bon Agornin había bajado a la oscuridad definitiva.

4. Una cierta falta de decoro en la cueva subterránea

Bon Agornin y su yerno no siempre se habían entendido a la perfección. Al ilustre Daverak se le había informado, e incluso consultado, sobre la distribución que había hecho su suegro de su

riqueza. Nada se le había dicho sobre la distribución de su cuerpo. Y en ello no había habido culpa ni por parte de Daverak ni por parte del anciano Bon: cada uno de ellos había pensado que el asunto era obvio. Bon, que el cuerpo se distribuiría de la misma forma que su riqueza, y Daverak que se dividiría por igual entre la familia. Y fue así como supuso que habría hígado disponible para el pobrecito Lamerak. Para Bon, quizá porque había empezado a crecer en serio del modo que le había confesado a Penn, su cuerpo formaba parte de su riqueza, parte de lo que les legaba a sus hijos para que les sirviera de ayuda. Para el Ilustre, el cuerpo de un dragón era una cuestión completamente distinta de su oro, y era esa una creencia tan arraigada en su ser que apenas necesitaba expresarse.

Cuando llegó la llamada y la familia se reunió para bajar, dada la disposición de las cuevas, el grupo de la salita iba por delante de los reunidos en el comedor. El ilustre Daverak, puesto que se encontraba a la puerta de la salita, iba por delante de todos. Inmediatamente detrás de él estaba el bienaventurado Frelt, luego los dragoncitos, pastoreados por la ilustre Berend. Luego venían Avan y sus hermanas, procedentes del comedor. Lo sirvientes, como es natural, permanecieron arriba, donde Amer encontró trabajo de sobra que hacer y los criados de Berend se quedaron sentados, abanicándose entre sí y chismorreando sobre sus superiores.

Penn esperaba en la puerta de la cueva subterránea, con la cabeza tan inclinada por el dolor que no reconoció al ilustre Daverak hasta que ya casi lo tuvo encima. No había espacio para más de tres dragones en la cueva subterránea, así que entró el ilustre Daverak y los otros por fuerza se quedaron esperando, la mayor parte en educado silencio, salvo los dragoncitos, que emitían impacientes siseos.

—Nuestro padre Bon está muerto —dijo Penn—. Debemos ahora compartir sus restos, para que podamos hacernos fuertes con su fuerza y lo recordemos por siempre.

El ilustre Daverak inclinó un poco la cabeza al oír las palabras y luego, sin más, arrancó la pata de su suegro muerto, sacudió las

pocas escamas que quedaban y le dio un enorme mordisco. Hasta ese momento Penn no se quejó, pero cuando su cuñado dio otro mordisco, de no menor tamaño que el anterior, extendió una garra para contenerlo.

—Sin duda, hermano, ya has tomado lo que se acordó —dijo en voz baja.

—¿Lo que se acordó? —preguntó el ilustre Daverak, pues en su mente no había habido ningún acuerdo semejante. Dio otro mordisco mientras la sangre le chorreaba por la barbilla—. ¿De qué estás hablando?

—Tú, Berend y yo íbamos a dar solo un mordisco e íbamos a dejar el resto para nuestro hermano y hermanas menos avanzados —dijo Penn con la paciencia crispada de un dragón que acaba de perder a su padre en penosas circunstancias.

—No, bienaventurado Penn, ese acuerdo se refería a su oro. —El ilustre Daverak incluso se echó a reír mientras daba otro mordisco, pues de verdad creía lo que decía y le parecía ridícula la actitud de Penn.

—Para, para ya —dijo Penn al tiempo que intentaba interponerse entre su cuñado y el cuerpo de su padre—. Ya has tomado más de lo que acordamos. Deja esa pata en paz.

—Tonterías —dijo el ilustre Daverak—. Si tú has decidido no tomar una parte, me parece muy bien, pero yo tomaré la parte de hijo y señor y lo mismo harán Berend y mis hijos.

A Penn le quedaban muy pocas opciones. Si pudiera haber considerado la lucha, el ilustre Daverak medía tres metros más que él, aunque ninguno de los dos pudiera disponer de fuego todavía. El otro era un noble y cumplía con todas sus obligaciones cuando se trataba de consumir a los dragoncitos de más, los débiles y en general el excedente de población de sus tierras. Eso no habría detenido a Penn en ese momento, si no hubiera sido porque era un bienaventurado, un pastor inmune de la Iglesia y tenía las alas atadas. No podía luchar ni desafiar a nadie a menos que deseara abandonar su vocación.

—Detente en el nombre de la Iglesia, o enfréntate al castigo —dijo por tanto.

El ilustre Daverak se detuvo entonces, la boca aún abierta. Luego se volvió hacia la puerta donde esperaba el bienaventurado Frelt, observándolo todo. El ilustre Daverak no esperaba demasiado de Frelt, después de la conversación que habían sostenido en la salita, pero ahora apeló a él como testigo neutral.

—¿Puede hacerlo? —quiso saber el ilustre Daverak.

—Sí, dígaselo —dijo Penn, los ojos plateados le giraban tan rápido que casi marearon a Frelt.

Frelt miró al enfadado pastor y luego al airado ilustre, y se atildó un poco las alas. No era el pastor de ningún ilustre, sino el pastor de Undertor, una amplia zona que abarcaba seis heredades con sus tierras, de las que Agornin era una. Formaba parte de lo que le había dado su independencia y un sentido exagerado de lo que por derecho le pertenecía. Durante cincuenta años se había comido la porción de ojos que como pastor le pertenecía de todos los muertos e incapaces de Undertor entero, y lo había hecho sin hacer enfadar a ninguno de los dignos en cuyas tierras servía, salvo a Bon Agornin, cuando pretendió casarse con su hija. Ahora su enemigo yacía muerto y a él apelaban ambos bandos.

—La tradición estaría con el ilustre Daverak —dijo Frelt.

Penn hundió las alas y admitió lo dicho por Frelt.

—Pero no estamos hablando de tradición sino de los deseos de mi padre —dijo.

—¿Expresados cómo? —preguntó Frelt.

—Por escrito a mí y en persona a mí, a Avan y al ilustre Daverak cuando empezó a debilitarse, y a mí aquí, hoy, en la cueva subterránea. Berend y yo, y el ilustre Daverak, como esposo de Berend, dado que todos estamos bien establecidos, deberíamos tomar un bocado solo cada uno y dejar el resto para nuestro hermano y hermanas, que lo necesitan más.

—Escribió y habló solo sobre su riqueza —dijo el ilustre Daverak al tiempo que miraba desdeñoso la cueva subterránea donde las

escasas riquezas de Bon Agornin yacían bajo su cuerpo entre el cieno y las escamas caídas—. De su oro, el que hay, no de su cuerpo.

—Quizá no se haya expresado con claridad en sus escritos —dijo Penn—. Entiendo la confusión. Pero hoy fue muy claro.

—¿Qué fue lo que dijo, con exactitud? —preguntó Frelt, disfrutando enormemente.

Penn hizo memoria y recordó las palabras exactas de su padre.

—Fui yo quien lo mencionó —admitió—. Mi padre estaba un poco inquieto y creí que estaba preocupado por nuestras hermanas y hermano, que todavía no se han establecido, e intenté tranquilizar su mente recordándole que había provisto bien para ellos.

A Frelt le había molestado que lo excluyeran del lecho de muerte, y ahora que se había enterado de las inquietudes de Bon Agornin se molestó aún más. Habría disfrutado de la ocasión de atormentar a Bon en sus últimos momentos, pues Bon lo había insultado de forma muy grave por el asunto de Berend. No le caía demasiado bien el ilustre Daverak, pero de repente sintió que detestaba a Penn, que le había robado el lugar que le pertenecía y los ojos que estaba deseando consumir.

—Si no lo dijo él mismo con palabras concretas, entonces me temo que debe respetarse la tradición —dijo el pastor.

—Lo que dijo equivalía a una confirmación de lo que se había acordado con anterioridad —insistió Penn.

—¿Qué dijo con exactitud? —preguntó Frelt sonriendo de una forma muy desagradable que dejaba sus colmillos al descubierto—. Si puede decirme cada palabra que dijo en su lecho de muerte, entonces quizá pueda juzgarlo. De otro modo... —Dejó el resto de la frase en suspenso con una contracción de las alas.

Penn luchó consigo mismo durante un momento y luego dejó caer las alas. No podía repetir cada palabra que había dicho su padre, no solo por la ignominia de Bon, sino porque lo había oído en confesión, que según las antiguas leyes no se debe revelar a nadie y según la nueva interpretación es algo que jamás debe hacer ningún pastor de la Iglesia.

—Entonces la tradición debe imponerse —dijo Frelt.

El ilustre Daverak lanzó la pierna medio comida hacia Frelt. Luego rodeó a Penn sin prestarle ninguna atención y con las dos garras delanteras abrió el costado de Bon y expuso el hígado.

—Venid aquí, niños —los llamó, y los tres dragoncitos atravesaron corriendo las patas de Frelt en su ansia por hacerse con el regalo que les estaba ofreciendo su padre.

—No, detente, insisto —dijo Penn.

Pero no se detuvieron, y antes de que el ilustre Daverak y los dragoncitos se fueran, el hígado se había consumido por completo. Frelt cogió la pata caída y la mordisqueó sin dejar de sonreírle a Penn. Los ojos de este seguían girando salvajes, pero no dijo ni una palabra.

Luego entró Berend, con su paso exquisito de costumbre. Suspiró al mirar a Penn y el joven clérigo supo que debía de haber oído toda la pelea, y se preguntó cómo actuaría su hermana. La dama se inclinó y tomó un bocado, pero fue un bocado muy grande del pecho. Era un bocado que satisfacía tanto lo que Penn había dicho como la insistencia de su marido. Podía decirle a Penn que era un solo bocado, pero también podía decirle a su esposo que había consumido la mayor parte del pecho. Era un bocado muy diplomático y Penn, a pesar de su ira, se maravilló de lo bien que había captado su hermana aquel matiz.

Berend se inclinó y cogió una copa de oro que siempre había admirado, pues había cambiado de opinión y no deseaba pasar allí la noche; quería regresar a Daverak en cuanto fuera posible para así evitar más desavenencias.

La dama sonrió y siguió a sus dragoncitos para dejar paso a los demás.

Penn estuvo a punto de echarse a llorar cuando los tres hijos menos establecidos de Bon entraron en la cueva subterránea: quedaba menos de la mitad del cuerpo de su padre para compartir entre los tres.